

CAPÍTULO IV. De la jornada que Juan de Grijalva hizo a el nuevo descubrimiento de la tierra de Yucatán, que fue principio del que se hizo después de esta Nueva España; y cómo llegó a la tierra firme y lo que en ella le pasó



DIEGO VELÁZQUEZ, QUE GOVERNABA LA ISLA DE CUBA, alentado con estas nuevas y con la golosina del oro y plata que le dijeron que había en las tierras nuevamente descubiertas, y que la gente era vestida (a diferencia de los isleños), se determinó de llevar la empresa adelante (porque el oro todo lo vence y no hay dificultad que no rompa). Y habiendo apercebido tres navíos y un bergantín, con lo que era menester para el viaje, nombró por su teniente y capitán general a Juan de Grijalva, mancebo de buena disposición y de mejores costumbres, hidalgo, natural de Cuéllar (que por ser patria de Diego Velázquez dijo Gómara que era su sobrino y aunque le trataba como a deudo no le tocaba por ningún grado en sangre). Hallábanse a la sazón en la ciudad de Santiago de Cuba Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo y Alonso de Ávila, que habían ido a negocios con el gobernador y eran hombres que tenían indios en la isla y de ellos se hacía mucho caso. Quisieron acompañar en la jornada y por ser personas tales los nombró por capitanes de los tres navíos con los mismos pilotos que se habían hallado en el descubrimiento de Francisco Hernández de Córdova, llevando título de mayor Antón de Alaminos y nombró por veedor a Peñalosa, natural de Segovia, y a un padre clérigo nombró por su capellán y cura para que en esta jornada los acompañase.

Como la fama de la grandeza y riqueza de la tierra era mucha se juntaron con los soldados de Francisco Hernández hasta doscientos y cincuenta en todos, llevando algunos naturales de Cuba para servicio y según lo que refiere Bernal Díaz de el Castillo que se halló presente, con Francisco Hernández, con Grijalva y con Cortés. Yo vi y conocí en la ciudad de Guatemala al dicho Bernal Díaz ya en su última vejez, y era hombre de todo crédito. La instrucción que se le dio a Juan de Grijalva fue que rescatase todo el oro que pudiese y que si viese que convenía poblar que lo hiciese, donde no, que se volviese. El licenciado Bartolomé de las Casas, autor de mucha fe y que con particular cuidado lo quiso saber, y era grande amigo y muy íntimo de Diego Velázquez, dice que fue la instrucción, que expresamente no poblase, sino que solamente rescatase, y que a todas las gentes por donde anduviese dejase pacíficas y en amor de los castellanos. Aunque dice lo contrario Gómara, y se atribuye a cobardía no haberse quedado en la tierra. Los dos autores primeros son de mucha fe y crédito y Bernal Díaz dice que lo dejó a lo que mejor le pareciese. Pero como no era esta empresa suya, así no se movió a estimarla.

Despachado, pues, Juan de Grijalva de todo punto salió del puerto de Santiago de Cuba a ocho de abril del año de mil quinientos y diez y ocho;

habiéndose dado las señas a los pilotos y orden del regimiento fueron a parar a la costa del norte de esta isla de Cuba. Fueron al puerto de Matanzas, donde se rehicieron de lo que les faltaba y más habían menester. Salieron de este puerto y en diez días doblaron a Guaniguanico (que es el Cabo de San Antón) y en otros ocho vieron la isla de Cozumel, que entonces descubrieron; y bojando la isla por la banda del sur vieron un pueblo y allí cerca un surgidero limpio de arracifes y al lugar llamaron Santa Cruz, porque tal día lo descubrieron; y vinole muy bien el nombre, por la que hallaron en el patio del templo.

Saltó Juan de Grijalva en tierra, pero no le aguardaron los indios que se fueron huyendo al monte. Pareció una india de Xamaica, que les habló en su lengua, la cual con una tempestad de mar había aportado allí con nueve compañeros que salieron a pescar y cayeron en manos de aquellos bárbaros y los mataron a todos, dejándola a ella; y Grijalva la envió a que llamase los moradores de la isla. No quisieron venir y fuéronse los nuestros adelante, llevándose la india consigo. Hallaron en aquella isla muchos colmenares de buena miel, batatas, puercos de la tierra (con el ombligo al espinazo) con que se refrescaron. Vieron algunos adoratorios y templos y uno en particular cuya forma era de una torre cuadrada, ancha del pie y hueca en lo alto, con cuatro grandes ventanas con sus corredores, y en lo hueco, que era la capilla, estaban ídolos y a las espaldas estaba una sacristía a donde se guardaban las cosas del servicio del templo. Y al pie de éste estaba un cercado de piedra y cal, almenado y encalado y en medio la cruz decimos en el libro catorce, de la conversión de estas gentes.

Embarcados los castellanos (como se ha dicho) fueron navegando por la costa, viendo con mucha maravilla grandes y hermosos edificios de cal y canto, con muchas torres altas que de lejos blanqueaban y parecían bien, por lo cual y por no haber visto tal en todas las indias hasta entonces y por lo que de las cruces se dice, dijo Grijalva que hallaban una Nueva España. Y al cabo de ocho días de navegación llegaron al paraje del pueblo de Potonchan. Dieron fondo a una legua de tierra, por la mucha meneguante de la mar y con todos los bateles desembarcaron los soldados cerca de unas casas; y los indios soberbios, por haber echado antes de su tierra la gente de Francisco Hernández, se hallaban bien armados y dispuestos para defender a los castellanos la desembarcación; daban voces con gran estruendo de sus trompetillas y atabalejos y aunque con unos falconetes que se llevaban en las barcas les pusieron mucho espanto, como cosa por ellos jamás vista, en acercándose las barcas comenzaron a tirar con las hondas y a flechar entrando en el agua a herir a los nuestros con sus lanzas. Pero salidos de los bateles con gran diligencia, a cuchilladas y estocadas, les hicieron perder tierra; porque si bien la furia y multitud de las flechas era grande, los castellanos escarmentados de lo pasado ya comenzaban a usar las mismas armas defensivas, estofadas de algodón, que usaban los indios, con que no fue tan grande el daño de las flechas y con todo esto quedaron heridos sesenta soldados, muertos tres y el capitán Juan de Grijalva con tres flechazos, que el golpe de uno le quebró dos dientes por-

que en pelear nunca fue el postrero. Llegados los barcos con los castellanos que habían quedado en los navíos, los indios dejaron el campo y los nuestros fueron al pueblo. Curaron a los heridos, enterraron a los muertos y no hallaron más de tres hombres, porque con la ropa toda la gente se había huido. Juan de Grijalva los trató bien y dio algunos rescates y envió a llamar a los del pueblo, certificando que no haría mal a nadie; pero nunca volvieron.

Embarcóse el capitán con su gente y pasaron a un lugar, donde desembarcaron, y hallaron algunos adoratorios con ídolos de piedra y palo y no vieron morador ninguno; entendieron ser de mercaderes y cazadores y se estuvieron tres días en aquel lugar, cazando y refrescando. Pasaron adelante y vieron una muy ancha boca de río, fueron con los navíos pequeños y bateles el río arriba y con mucho cuidado, porque vieron muchos indios armados como los de Potonchan, que en las riberas estaban en canoas. A este río que los naturales llamaban Tabasco (nombre del señor del pueblo que estaba cerca) dijeron los castellanos, de Grijalva, por su capitán general que lo descubrió, como hoy se llama, y caminando por él arriba oían el ruido de cortar madera para fortificar el pueblo; porque habiendo sabido lo que pasó en Champoton tenían por cierta la guerra. Salieron los nuestros a tierra en unos palmares a media legua pequeña del pueblo y como los indios los vieron desembarcar, se movieron hasta cincuenta canoas muy llenas de ellos, armados, empenachados y galanes a su usanza. Pararon poco después de los castellanos, y se estuvieron sin moverse con semblante de guerra y estando los castellanos para disparar en ellos los falconetes, acordaron de hablarles primero por lengua de Melchor y Julián (que eran los dos indios que llevó Francisco Hernández de Córdoba) los cuales les dijeron que no querían hacerles mal sino tratar con ellos cosas de que recibirían contento; acercáronse cuatro canoas y como se les mostraron espejuelos, sartales de cuentas verdes y otras cosas, pensando que eran de las piedras chalchihuytes (entre ellos muy estimadas) se sosegaron. Entonces ordenó Juan de Grijalva a las lenguas que les dijese que aquellos hombres eran vasallos de un gran rey a quien muy grandes príncipes obedecían, al cual era justo que también ellos obedeciesen; porque de ello se les había de seguir gran bien y que entre tanto que les declaraban más particularmente las causas de esto, les proveyesen de vitualla.

Los indios respondieron que darían la comida que pedían y que señor tenían y que siendo tan recién llegados y sin conocerles, ¿que por qué causa les querían dar señor? Que mirasen no les hiciesen guerra como habían hecho en Potonchan, porque contra ellos tenían apercebidos sobre tres xiquipiles de gente (que es cada xiquipil ocho mil hombres) y que sabían que habían herido y muerto más de doscientos en Potonchan y que ellos no eran tan desanimados y de tan pocas fuerzas como los otros que habían ido a ellos para saber su voluntad, que irían a referir lo que les decían a muchos señores que estaban juntos para tratar guerra o paz. Dioles Juan de Grijalva sartales de cuentas, espejos y otros rescates y díjoles que no faltasen de volver con la respuesta, porque no volviendo, por fuerza habían

de entrar en el pueblo, aunque no para hacerles mal. Y luego Grijalva se volvió a los dos navíos y bateles y los mensajeros hicieron su embajada y a todos los señores y a los mayores sacerdotes que acostumbraban tener voto en cosas de guerra, pareció que era mejor la paz que la guerra y enviaron luego treinta indios cargados de pescado asado, gallinas, de diversas frutas y pan de maíz y extendiendo en el suelo unos petates (que son sus esteras) pusieron encima un presente, que eran una máscara de madera grande, muy hermosa y diversas cosas de pluma de diferentes hechuras, bien vistosas, y dijo un indio que otro día iría su señor a ver a los castellanos. Dióle en retorno Juan de Grijalva cuentas de vidrio de diferentes colores y hechuras, tijeras y cuchillos y un bonete de frisa colorada y unos alpargates con que se fue muy regocijado y contento. Acordó el cacique de Tabasco de entrar en una canoa e irse a ver con los castellanos; porque todos estaban espantados de ver sus barbas, armas y vestidos y mucho más de los navíos y embobados se estaban mirando la jarcia, las velas, las áncoras y todo lo demás. Llevaba el señor de Tabasco mucha gente sin armas y con muy gran confianza se entró en el navío del general Juan de Grijalva, el cual era gentil mozo de hasta veinte y ocho años. Estaba vestido de un sayo de terciopelo carmesí y gorra de lo mismo y otras cosas ricas que correspondían al sayo. Fue recibido el cacique con mucha honra y cortesía, abrazándole; y sentados los dos luego se comenzó la plática, de la cual entendían poco el uno del otro, sino por señas y algunos vocablos que declaraban los dos indios, Julián y Melchor. Y todo se creyó que iba a parar, en que se holgaba de su llegada y que quería ser su amigo. Y después de haber hablado un rato mandó el cacique a uno de los que habían ido con él que sacase lo que dentro de una petaca llevaba, que son las cajas u arcas de que usaban y usan.

Comenzó el indio a sacar piezas de oro, algunas de palo cubiertas de oro para armar, tan a propósito como si se hubieran hecho para Juan de Grijalva y el mismo cacique con sus manos se las iba poniendo y quitando, acomodándole las que mejor le asentaban; y de esta manera le fue armando todo de piezas de oro fino, como si de un arnés muy cumplido de acero le armara. Demás de esto le presentó muchas y diversas joyas de oro y de pluma, cosa entre ellos de grande estimación y era de ver la hermosura que entonces Grijalva tenía; hizo Grijalva muchas caricias al cacique y las mayores demostraciones que pudo de agradecimiento, porque era muy cortés y comedido. Mandó sacar una camisa rica y él mismo se la vistió, desnudóse el sayo de terciopelo carmesí y vistiósele también; púsose gorra de lo mismo con sus piezas, hizole calzar zapatos colorados de cuero, nuevos; y en suma le vistió y adornó lo mejor que pudo y le dio de los mejores sartales, cadenillas y cosas de vidrio que había, espejos, tijeras, cuchillos y diferentes cosas de latón y asimismo a todos los que con el cacique habían ido. Juzgábase que lo que el indio dio a Juan de Grijalva valía tres mil pesos; y entre las piezas y armaduras que le dio fue un casquete de armadura cubierto de hoja de oro delgada; tres o cuatro máscaras, parte de ellas cubiertas de piedras turquesadas, que son madre de las esmeraldas, puestas

a manera de obra mosaica, por lindo artificio y en parte cubiertas con hojas de oro y ciertas patenas para armar el pecho, algunas todas de oro, otras de palo cubiertas de oro y otras de oro y piedras sembradas muy bien y artificiosamente puestas que las hacían más hermosas; muchas armaduras para las rodela de oro fino, algunas todas de oro y otras de cortezas de árboles cubiertas de oro; seis u siete collares de hoja de oro, puestos u engastados sobre tiras, u cintas de cuero de venado bien adobado; y ciertas ajorcas de oro de tres dedos de ancho que parecían muy bien; zarcillos y pincetas de oro para las orejas; y orejeras de muy buena y muy graciosa hechura (porque algunas de éstas y otras piezas tenían artificio); rosarios y sargas de barro cubiertas de oro y otras sargas de oro puro, huecas; una rodela cubierta de pluma de diversas colores muy graciosa; una ropa de pluma y penachos de lo mismo, vistosos; y otras muchas cosas cuya postura y artificio era maravilloso; y donde quiera costarán mucho solas las manos y artificio. Con esto quedó el cacique muy contento y los castellanos muy pagados en tanto grado que de aquí les nació a algunos el ansia de poblar en esta tierra, por las muchas señales que vieron de riqueza.

Recibido en Tabasco el presente dicho y conociendo que no gustaban los indios de que se detuviesen allí mucho los huéspedes, y porque pidiendo algunos castellanos más oro, respondían los indios: culhua, culhua, pasó adelante (como entendiendo por esto que en otra parte más arriba de la costa había aquellas riquezas que buscaban) y en dos días se vio un pueblo llamado el Ahualulco, a quien los castellanos pusieron la Rambla; y de esta manera fueron descubriendo algunos pueblos y ríos, que se podrán ver en Antonio de Herrera,¹ entre los cuales fue uno el de Papaloapan (que por haber entrado en él con su navío Pedro de Alvarado se le quedó su nombre y le conserva hasta ahora). Llegaron a otro río donde fueron llamados de los indios y salieron, y el cacique de aquellas gentes los recibió muy bien y los regaló y hizo gran cortesía; diéronseles cuentas y otras cosas. Y luego el gobernador de el emperador Motecuhzuma (que era el que allí los acariciaba) mandó a los suyos que llevasen oro para rescatar y en seis días que allí se detuvieron llevaron quince mil pesos en joyuelas de oro bajo, de diferentes hechuras. Y esto es lo que dijo Gómara, que en el río de Tabasco dieron mucho oro a Juan de Grijalva; siendo cosa cierta que ni en el río ni en la comarca de Tabasco hay oro, y que lo que tenían los indios era llevado de fuera, por orden de sus caciques y mercaderes que corrían la tierra entonces, que atravesaban cuatrocientas y quinientas leguas tratando y trocando unas cosas por otras.

Volvióse a embarcar Grijalva con su gente habiendo tomado posesión por el rey y Diego Velázquez en aquel lugar de la nueva tierra y pasó adelante en busca de más abrigo, porque allí estaba muy descubierto al norte y a riesgo de recibir mucho daño, por ser toda la costa de muy grandes arracifes y ser ciertos y muy recios. Pasaron por la isla que se llama Blanca

¹ Dec. 2, cap. 9.

y otra Verde y llegaron a otra que estaba legua y media de tierra y por tener enfrente buen surgidero, mandó el general dar fondo y salieron a la isla, porque había humos y hallaron dos casas bien labradas de cal y canto con muchas gradas por donde se subía a unos altares donde estaban puestos ídolos. Aquí vieron que la noche antes se habían sacrificado cinco indios que estaban abiertos por los pechos y cortados los brazos y los muslos, y las paredes llenas de sangre (cosa que causó grande espanto, horror y admiración a nuestros castellanos) y por esto llamaron ésta Isla de Sacrificios. Saltaron en tierra firme enfrente de esta isla, donde hicieron ranchos con ramas y con las velas de los navíos. Y luego acudió gente de los naturales a rescatar oro en joyuelas; y porque el oro era poco y los indios andaban temerosos se pasaron los nuestros enfrente de otra isleta, media legua de tierra y dos de esta de Sacrificios y desembarcaron en unos arenales; hicieron chozas encima de los más altos médanos de arena, por huir la pesadumbre e importunidad de los mosquitos (que los hay muchos por allí, de día y de noche) y con los bateles sondaron bien el puerto, y hollaron que con el abrigo de la isla estaban seguros del norte y tenía buen fondo. Fue Juan de Grijalva a la isla con treinta soldados en dos bateles; halló un templo con ídolos y cuatro hombres vestidos de muy largas mantas negras, con capillas, como canónigos, que eran sacerdotes en aquel templo y en aquel mismo día habían sacrificado dos muchachos que vieron abiertos los pechos y sacados los corazones (crueldad que a los castellanos causó grandísima compasión). Preguntó el general a un indio que había llevado del río de Banderas, junto al de Alvarado, que ¿para qué hacían aquel tan horroroso sacrificio? Y se entendió que había dicho que así lo mandaban los señores de Culhua. Como Grijalva se llamaba Juan y era el tiempo por San Juan, puso este nombre a la isla y así se llamó San Juan de Culhua; pero como entonces nuestros castellanos no entendían esta lengua mexicana (que corre por todas aquellas costas) no aprendieron bien las letras con que se escribe esta dicción y quitándole la primera, quedóse el nombre con las otras que no hacen sentido; pero ya para lo que sirve es muy conocido el puerto de todos los que hacen esta navegación y por llamarle San Juan de Culhua le llaman San Juan de Ulúa y permanece con su nombre.

